

## CANTO XXXI

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado; habla con Caupolicán cautelosamente el cual engañado viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo

La mas fea maldad y condenada,  
Que mas ofende la bondad divina,  
Es la traicion sobre amistad forjada,  
Que al cielo, tierra y al infierno indina:  
Que aunque el señor de la traición se agrada,  
Quiere mal al traidor, y le abomina;  
Tal es este nefario maleficio,  
Que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces vereis que el alevoso  
En estado seguro permanece;  
De nadie amado, á todo el mundo odioso,  
Que el mismo interesado le aborrece:  
Amigo en todo tiempo sospechoso,  
Aunque trate verdad no lo parece,  
Y al cabo no se escapa del castigo  
Que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende  
Debajo de seguro al enemigo,  
¿Qué será aquel que al enemigo vende  
La libertad y sangre del amigo,  
Y que él con rostro de leal pretende  
Ser traidor á su patria como digo,  
Poniéndole con odio y rabia tanta  
El agudo cuchillo á la garganta?

Guardarse puede el sabio recatado  
Del público enemigo conocido,  
Del perverso, insolente, del malvado,  
Pero no del traidor nunca ofendido,  
Que en hábito de amigo disfrazado,  
El desnudo puñal lleva escondido:  
No hay contra el desleal seguro puerto,  
Ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andresillo, que dejaba  
Al amigo engañado y satisfecho,  
El cual con la gran priesa que llevaba  
En poco espacio atravesó gran trecho;  
Y puesto ante Reinoso, el cual estaba  
Seguro y descuidado de aquel hecho,  
Preciándose el traidor de su malicia,  
Della y de la traición le dió noticia,

Diciéndole: «Sabrás que usando el hado  
Hoy de piadoso término contigo,  
Las cosas de manera ha rodeado  
Que puedo serte provechoso amigo:  
Pues en mi voluntad libre ha dejado  
La muerte ó salvación de tu enemigo,  
Remitiendo á las manos de Andresillo  
La arbitraria sentencia y el cuchillo.

»Mas negando la deuda y fe debida  
A mi tierra y nacion por tu respeto,  
Quiero, señor, sacrificar la vida  
Por escapar la tuya deste aprieto;  
Y en contra de mi patria aborrecida  
Volver las armas y áspero decreto,  
Desviando gran número de espadas  
Que están á tu costado enderezadas.»

Tras esto allí le dijo todo cuanto  
Con Pran le sucedió y habeis oido,  
Que si me acuerdo en el pasado canto  
Lo tengo largamente referido:  
Quedó Reinoso atónito de espanto,  
Y con ánimo y rostro agradecido  
Los lazos amorosos le echó al cuello  
Dándole encarecidas gracias dello.

Y alabando la astucia y artificio  
Con que del trato doble usado habia,  
Exageró el famoso y gran servicio  
Que á todo el reino y cristiandad hacia,  
Diciendo, que tan grande beneficio  
Siempre en nuestra memoria duraria,  
Y con honroso premio de presente  
Sería remunerado largamente.

Quedaron pues de acuerdo que otro dia  
Sin que noticia dello á nadie diese,  
En el tiempo y lugar que puesto habia  
Con el vecino capitán se viesse,  
Que de la vista y habla entenderia  
Lo que mas al negocio conviniese,  
Trayéndole por mañas y rodeo  
Al esperado fin de su deseo.

Hízolo pues así; pero antes desto,  
A la salida de un espeso valle,  
Halló al amigo en centinela puesto  
Esperándole ya para guialle,  
Donde Caupolicán con ledo gesto  
Saliendo algunos pasos á encontralle,  
Adelantado un trecho de su gente  
Le recibió amorosa y cortesmente,

Diciendo: «¡Oh capitán! hoy por el cielo  
En esta dignidad constituido,  
A quien la redención del patrio suelo  
Justa y méritamente ha cometido:  
Bien sé que solo con honrado celo,  
De virtud propia y de valor movido,  
Aspiras arribar do ningun hombre  
Tendrá puesto adelante mas su nombre.

»Y habiendo de tu pecho penetrado  
El intento y designio valeroso,  
De tu fortuna próspera guiado,  
Que promete suceso venturoso,  
Estoy resuelto, estoy determinado  
Que con golpe de gente numeroso  
Demos, siendo tú solo nuestro guía,  
Sobre el fuerte español á mediodía.

»Para lo cual ha sido mi venida  
Sorda y secretamente en esta parte,  
Donde siendo tu boca la medida  
Quiero del justo premio asegurarte;  
Y ver si á ti esta empresa cometida  
Quieres della y nosotros encargarte,  
Dando como cabeza y dueño en todo  
El orden, la instruccion, la traza y modo.

»Que demás de las honras, te aseguro  
De parte del senado un señorío,  
Y por el fuerte Eponamon te juro  
Que esto será escogido á tu albedrío;  
En tus manos me pongo y aventuro,  
Y á tu buen parecer remito el mio,  
Para que des el orden que convenga,  
Y el esperado bien no se detenga.

»Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta  
Que me prometen próspera jornada,  
En una parte oculta y encubierta  
Tengo cerca de aquí mi gente armada;  
Y antes que sea de algunos descubierta,  
Y la plaza enemiga preparada,  
Que es el peligro solo que esto tiene,  
Apresurar la ejecucion conviene.

»Resuélvete, ó varon, y determina  
Como de tí se espera brevemente,  
Que detrás deste monte á la marina  
Está el copioso ejército obediente;  
Y porque puedas ver la disciplina,  
Los ánimos, las armas y la gente,  
Podrás llegar allá, que aquí te aguardo  
Con esperanza y ánimo gallardo.»

El traidor pertinaz que atento estaba  
A cuanto el general le prometia,  
No la oferta, ni el premio le mudaba  
De la fea maldad que cometia;  
Bien que algun tanto tímido dudaba  
Viendo de aquel varon la valentía,  
El ser gallardo y el feroz semblante,  
La proporcion y miembros de gigante.

Venia el robusto y grande cuerpo armado  
De una fuerte coraza barreada,  
Con un drago escamoso relevado  
Sobre el alto crestón de la celada;  
En la derecha su bastón ferrado,  
Ceñida al lado una tajante espada,  
Representando en talle y apostura  
Del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato  
Podia salir con el malvado hecho,  
Teniendo en su traicion y doble trato  
Andado en poco tiempo tanto trecho,  
Con alegre semblante y rostro grato,  
Aunque con doble y engañoso pecho,  
Hincando ambas rodillas en el llano,  
Tal respuesta volvió á Caupolicano:

»¡Oh gran Apó! No pienses que movido  
Por honra, por riqueza ó por estado  
A tus piés y obediencia soy venido  
A servirme y morir determinado:  
Que todo lo que aquí me has ofrecido,  
Y lo que puede ser mas deseado  
No me provoca tanto, ni me instiga,  
Cuanto la gran razon que á ello me obliga.

»Gracias al cielo doy, pues mi esperanza  
En tu prudencia y gravedad fundada,  
La siento ya con próspera bonanza  
Ir al derecho puerto encaminada;  
Y porque no nos dañe la tardanza,  
Será bien que apresures la jornada,  
Siguiendo la fortuna que se muestra  
Declarada en favor de parte nuestra.

»Que nuestros enemigos sin recelo,  
A las armas de noche acostumbrados,  
Cuando va el sol en la mitad del cielo  
Descansan en sus toldos desarmados;  
Y desnudos y echados por el suelo  
En vino y dulce sueño sepultados  
Pasan la ardiente siesta en gran reposo,  
Hasta que el sol declina caluroso.

»Y si estás, como dices, prevenido,  
Y la gente vecina en ordenanza,  
Que goces luego la ocasion te pido,  
No dejando pasar esta bonanza;  
Que el tiempo es malo de cobrar perdido  
Mayormente si dañe la tardanza,  
Y pues no te detiene cosa alguna,  
No detengas tus hados y fortuna.

»Que á darte la victoria yo me obligo  
No por el galardón que dello espero,  
Que la virtud la paga trae consigo,  
Y ella misma es el premio verdadero;  
Basta lo que en servirte yo consigo,  
Y así graciosamente me prefiero  
De ponerte sin pérdida en la mano  
La desnuda garganta del tirano

»Mañana disfrazado al tiempo cuando  
Vaya el sol en mitad de su jornada  
Vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando  
Estaré su venida deseada;  
Y en el presidio y franca plaza entrando,  
Verá la gente entonces entregada  
Al ordinario y descuidado sueño,  
Sin prevención y al parecer sin dueño.

»Esta noche callada y quietamente  
Desviada á la izquierda del camino,  
Venga á ponerse en escuadrón la gente,  
Una milla del fuerte y mas vecino;  
Y cuando asome el sol por el oriente  
Echada en recogido remolino,  
Bajas las armas por la luz del día,  
Aguarde allí el aviso y orden mía.

»Quiero ver, pues que dello eres servido,  
Por ir del todo alegre y satisfecho,  
Tu dichoso escuadrón constituido  
Para tan alto y señalado hecho:  
Por quien Arauco ya restituído  
En sus primeras fuerzas y derecho,  
Echada la española tiranía  
Estenderá su nombre y monarquía.»

Quedó Caupolicano de manera  
Que tuvo el trato y hecho por seguro,  
Diciéndole razones que moviera  
No un corazón movable, pero un muro;  
Y en señal de firmeza verdadera  
Le dió un lucido llanto de oro puro,  
Y un grueso mazo de chaquirá prima,  
Cosa entre ellos tenida en grande estima.

Y del alegre Pran acompañado  
Al pié de un alto cerro montuoso,  
Vió el araucano ejército emboscado  
De brava gente y número copioso.  
Quedó el traidor de verlo algo turbado,  
Y en la falsa y mudable fe dudoso:  
Que en el ánimo vario y movedido  
Hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada,  
Dándole espuelas y ánimo bastante,  
La duda atropelló representada,  
Llevando el mal propósito adelante:  
Y así encubriendo la intención dañada  
Con mentirosas muestras y semblante  
Loó el traidor encarecidamente  
El sitio, el orden, armas y la gente.

Y después de inquirir y haber notado  
Lo que notar entonces convenia,  
Visto el grande aparato, y tanteado  
La gente armada y cantidad que habia,  
Advertido de todo y enterado  
Llegó al presidio al rematar del día,  
Adonde le esperaba ya Reinoso  
De su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento  
De su jornada relación copiosa,  
Dándole mayor ánimo y aliento  
Nuestra llegada á tiempo provechosa;  
Que si estuvisteis á mi canto atento,  
Por la montaña y costa montuosa  
Al socorro llegué aquel mismo día  
Con los treinta que dije en compañía.

Gastóse aquella noche previniendo  
Las armas é instrumentos militares,  
El foso, muro y plaza requiriendo,  
Señalando á la gente sus lugares:  
Hasta que fué la aurora descubriendo  
Con turbia luz los hondos valladares,  
Dando triste señal del día esperado  
Por tanta sangre y muerte señalado.

Jamás se vió en los términos australes  
Salir el sol tan tarde á su jornada,  
Rehusando de dar á los mortales  
La claridad y luz acostumbrada;  
Al fin salió cercado de señales,  
Y la luna delante dél menguada,  
Vuelto el mudable y blanco rostro al cielo,  
Por no mirar al araucano suelo.

Hecha la prevención en confianza  
Por una y otra parte ocultamente,  
Con iguales designios y esperanza  
Aunque con hado y suerte diferente:  
Veis aquí á Pran, que solo y á la usanza  
De los mitayos indios diligente,  
Cargado con un haz de blanco trigo  
Viene á buscar al alevoso amigo,

Que á la salida de su rancho estaba  
Mirando á los caminos ocupado,  
Pareciéndole ya que se pasaba  
El tiempo del concierto aun no llegado:  
Tanto ya la maldad le aceleraba  
De una furia maligna espoleado:  
Que siempre en lo que mucho se desea  
No hay brevedad que dilación no sea.

Llegado Pran le aseguró de cierto  
Que la gente en dos tercios dividida,  
Había el murado sitio descubierto  
Sin ser de nadie vista ni sentida;  
Y con paso callado y gran concierto  
Doméstica, ordenada y recogida,  
Los pechos y las armas arrastrando  
Venía derecha al fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente  
Dió Andresillo señal de su alegría,  
Diciendo, que sin duda nuestra gente  
Ya según su costumbre dormiría;  
Luego disimulada y quietamente  
Sin más se detener, de compañía  
Entraron en el fuerte preparado  
El falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos  
Todos los oficiales y soldados,  
Sobre sus lechos sin dormir dormidos  
Con aviso y cuidado descuidados:  
Los arneses acá desguarnecidos,  
Los caballos allá desensillados,  
Todo de industria al parecer revuelto,  
En un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo, Pran, visto el sosiego,  
Y poca guardia que en el fuerte habia,  
Alegre dello tanto, cuanto ciego  
En no ver la sospecha que traia,  
Sin detenerse un solo punto luego  
Por una corta senda que él sabia,  
Haciendo de sus piés y aliento prueba  
Fué á dar al campo la esperada nueva.

Apenas habia el bárbaro traspuesto,  
Cuando Andresillo en tono levantado  
Dijo: «¡Oh fuertes soldados, en quien puesto  
Está el fin de la guerra deseado!  
Tomad las vencedoras armas presto,  
Y romped el silencio ya escusado,  
Saliendo á toda priesa, porque os digo  
Que á las puertas teneis al enemigo.»

Marinero jamás tan diligente  
De entre la vedijosa bernia salta,  
Cuando los gritos del piloto siente,  
Y la borrasca súbita le asalta,  
Como nosotros que lijaramente  
Oyendo de Andresillo la voz alta,  
De los toldos con ímpetu salimos,  
Y á las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetia,  
Quién encaja la gola y la celada,  
Quién ensilla el caballo, y quién salia  
Con arcabuz, con lanza ó con espada;  
Fué en un punto la gruesa artillería  
A las abiertas puertas asendada,  
Llenos de tiros mil de mil maneras  
Los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en orden la plaza, y encargando  
Segun el puesto á cada cual su oficio,  
El silencio importante encomendando  
Trabó las lenguas y aquietó el bullicio,  
Quedando aquel presidio tan callando  
Que la gente estamuros de servicio,  
Visto el sosiego y gran quietud, juzgaba  
Que todo en igual sueño reposaba.

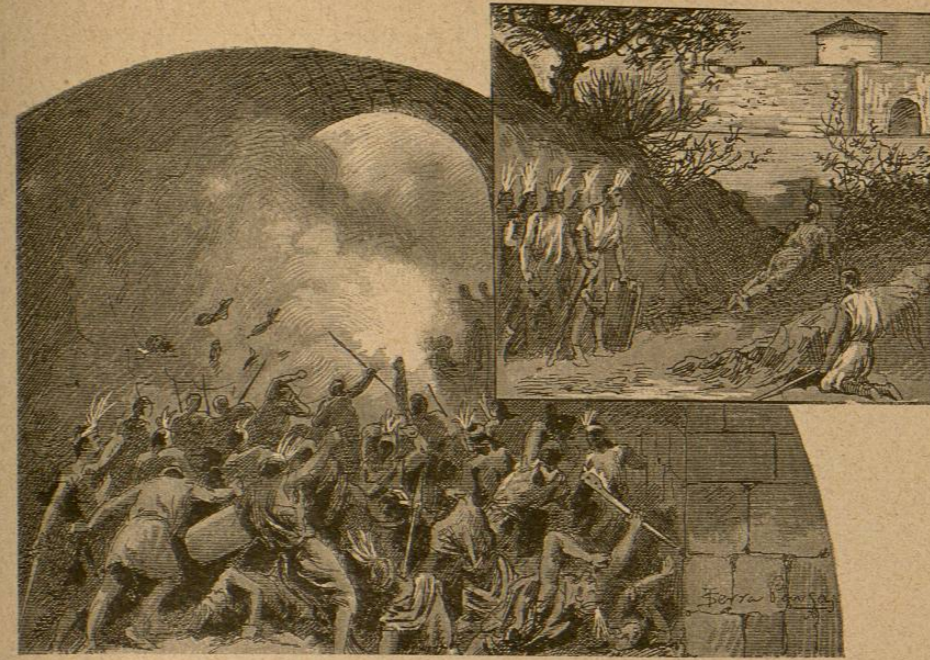
No fué Pran en el curso negligente;  
Pues apenas estábamos armados,  
Cuando los enemigos de repente  
Se descubrieron cerca por dos lados:  
Venian tan escondida y sordamente,  
Bajas las armas y ellos inclinados,  
Que entraran, si la vista ya no fuera  
Mas presta que el oído y más lijera

Como el cursado cazador, que tiene  
La caza y el lugar reconocido,  
Que poco á poco el cuerpo bajo viene  
Entre la yerba y matas escondido;  
Ya apresura el andar, ya le detiene,  
Mueve y asienta el paso sin ruido  
Hasta ponerse cerca y encubierto,  
Donde pueda hacer el tiro cierto:

Con no menor silencio y mayor tiento  
Los encubiertos indios parecieron,  
Y sobre nuestro fuerte en un momento  
A treinta y menos pasos se pusieron:  
De do sin son de trompa ni instrumento  
En callado tropel arremetieron  
Mas de dos mil en número á las puertas  
Con mas cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto  
Este sangriento y crudo asalto cuente,  
Y la lástima justa y odio justo,  
Que ambas cosas concurren juntamente;  
El ánimo ahora humano, ahora robusto  
Me suspende y me tiene diferente:  
Que si al piadoso celo satisfago,  
Condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasion me alejo,  
Dentro della y del fuerte estoy metido;  
Si en este punto y término lo dejo,  
Hago y cumplo muy mal lo prometido;  
Así dudoso el ánimo y perplejo  
Destos juntos contrarios combatido,  
Lo dejo al otro canto reservado,  
Que de consejo estoy necesitado.



## CANTO XXXII

Arremeten los araucanos el fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte; Caupolicán se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta don Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido.

Escelente virtud, loable cosa,  
De todos dignamente celebrada,  
Es la clemencia ilustre y generosa,  
Jamás en bajo pecho aposentada:  
Por ella Roma fué tan poderosa,  
Y mas gentes venció que por la espada,  
Domó y puso debajo de sus leyes  
La indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer solo la gloria,  
Ni está allí la grandeza y escelencia:  
Sino en saber usar de la vitoria  
Ilustrándola mas con la clemencia.  
El vencedor es digno de memoria;  
Que en la ira se hace resistencia,  
Y es mayor la victoria del clemente,  
Pues los ánimos vence juntamente.

TOMO I

Y así no es el vencer tan glorioso  
Del capitán cruel, inexorable:  
Que cuanto fuere menos sanguinoso,  
Tanto será mayor y mas loable;  
Y el correr del cuchillo riguroso  
Mientras dura la furia es disculpable:  
Mas pasado después á sangre fría  
Es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido,  
Si mi juicio y parecer no yerra,  
La que de todo en todo ha destruído  
El esperado fruto desta tierra;  
Pues con modo inhumano han escedido  
De las leyes y términos de guerra,  
Haciendo en las entradas y conquistas  
Crüeldades inormes nunca vistas.

36